

## PRESENTACIÓN DE LIBROS

---

Palabras del ingeniero José María Bravo Betancur  
Presidente de la Academia Antioqueña de Historia  
en la presentación del libro *Simón, Vida de Bolívar*,  
del doctor José Ignacio García Hamilton

Muy buenas tardes.

Agradezco la invitación que le han hecho a la Academia Antioqueña de Historia las directivas de la Feria del Libro que se realiza en esta ciudad como homenaje a nuestro hermano país Argentina, al doctor Diego Pampin Robles Director General de Random House Mondadori S.A. editores, para participar en este coloquio sobre la obra: *Simón, Vida de Bolívar*, cuyo autor es el doctor José Ignacio García Hamilton.

Desde su fundación, la Academia ha tenido una clara vocación bolivariana. Don Manuel Uribe Ángel honró a Bolívar con bellas páginas y don Clodomiro Ramírez, escribió un ensayo muy bien logrado sobre la muerte del libertador: *La agonía del Coloso*. Desde esos años, la bibliografía que honra en nuestro medio la memoria del Padre de la Patria, ha venido enriqueciéndose con la producción de los Académicos.

Hoy nos congregamos alrededor del libro: *Simón, Vida de Bolívar*, y con su autor el distinguido abogado, doctor en Derecho y Ciencias Sociales, José Ignacio García Hamilton, profesor de la Universidad de Buenos Aires.

En su amplia hoja de vida, se destaca, entre otras cosas, el periodista y directivo del diario *La Gaceta* de Tucumán, colaborador con periódicos de Argentina, Uruguay, Perú, Gran Bretaña y Estados Unidos. Además de una amplia producción de ensayos, exitosas biografías noveladas, entre ellas: *Don José, la vida de San Martín*, trabajos que han sido premiados y debatidos en importantísimas universidades de los Estados Unidos de Norteamérica, como son Georgetown, Harvard y otras, y en la de Cambridge - Gran Bretaña.

La aparición de su obra sobre San Martín suscitó una intensa polémica en su país, de la que hicieron eco la BBC de Londres, la CNN en español y diversos diarios de Estados Unidos, Francia, España, Brasil, México y otros países Hispanoamericanos. Esperamos que esto mismo se de ahora con esta obra suya: *Simón, Vida de Bolívar*, para nutrir el conocimiento de todos.

La Academia ha sido y sigue participando en escenarios propicios para la divulgación de la historia, como lo está haciendo en este coloquio, en tan importante escenario como es la Feria del Libro en Medellín.

Continuando con la presencia de la Academia en el escenario bolivariano, en 1930 don Tomás Cadavid Restrepo en el centenario de la muerte del Libertador, ganó el premio acordado por la Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín para esa efemérides, con su obra *El Tríptico Bolivariano*, obra que recibió grandes elogios.

En 1950, don Fernando Gómez Martínez, distinguido Académico, fundó con otros compañeros de la Institución y personas afectas al Libertador, el Centro Bolivariano, ahora Sociedad Bolivariana de Antioquia, muchos de cuyos miembros están aquí con nosotros y quienes tomarán a continuación la palabra, para ilustrarnos ampliamente sobre la producción histórica que se ha hecho de Bolívar.

Al Académico Javier Gutiérrez Villegas se le debe la obra *Cátedra Bolivariana*, que por muchos años sirvió de texto de estudio para los jóvenes de secundaria. Don Jorge Ospina Londoño, quien fuera Presidente Honorario tanto de la Academia Antioqueña de Historia como de la Sociedad Bolivariana de Antioquia, publicó entre otros ensayos en el *Reper-*

*torio Histórico de la Academia*, órgano oficial de la Institución, su trabajo *Simón Bolívar y la democracia*. Don Julio César Arroyave de la Calle, filósofo de gran trayectoria, enriqueció con su visión filosófica los estudios sobre el Libertador del cual queremos destacar: *Bolívar y la Filosofía del Nuevo Mundo*. Don Julio César García, quien fue Rector de la Universidad de Antioquia y fundador de la universidad La Gran Colombia, entre sus varias obras bolivarianas escribió: *Las ideas religiosas de Bolívar*, oración de estudios pronunciada en el acto de clausura de la Universidad de Antioquia en diciembre de 1930. De doña Amanda Gómez Gómez, otro miembro de la Academia, es el libro *Bolívar frente a la guerra y Bolívar frente a la muerte*. Finalmente, entre otros muchos que quisiéramos mencionar, está la obra *Bolívar sin pedestal* de don Guillermo Duque Gómez.

Todo lo anterior, para significar cómo desde la Academia Antioqueña de Historia, en cuya sede se reúne regularmente la Sociedad Bolivariana, hacen presencia destacados Académicos quienes aportan sus conocimientos, su fervor bolivariano, a quienes la Institución reconoce sus esfuerzos por mantener viva la memoria del padre de la Patria.

Qué maravilloso es ver ahora como Random House Mondadori S.A. editores, se une a todos estos amantes y reconocedores de la vida del Libertador Simón Bolívar, al entregarnos para este coloquio la obra del doctor José Ignacio García Hamilton: *Simón, Vida de Bolívar*.

Muchas gracias. Tienen todos ustedes la palabra.



## Genealogía de la familia Álvarez del Pino\*

Hace dos o tres semanas recibí una llamada de Bogotá. El Señor Flavio Álvarez Ángel me pedía que le hiciera la presentación de la Genealogía de la familia Álvarez del Pino, acto que hoy nos congrega. Le respondí que no soy genealogista y que quería saber por qué me había elegido. Me respondió que porque me había conocido en la presentación de mi libro *El Alma recóndita del Pueblo Antioqueño* en la casa Antioquia de la capital de la República. Quedó de enviarme un ejemplar a través de su hermano Ignacio quien vive aquí, y en efecto a los dos o tres días lo recibí.

Mi sorpresa fue grande al encontrar allí una multitud de personajes masculinos y femeninos de altísimos méritos en todos los órdenes de la vida nacional y regional: eclesiástico, político, económico y cultural, además de muchas personas con quienes había convivido en diversos lugares del país y aun del extranjero, y, lo más impactante, personas tan allegadas y cercanas como mi papá y mi mamá, con el número, normal dentro de la prolífica familia estudiada, de 17 hijos, al igual que todos mis tíos y tías paternos, la familia completa de unos primos hermanos, y, por supuesto, todos los demás ascendientes hasta llegar a la segunda hija del gran patriarca Jacinto Álvarez Ontaneda, Marciana Álvarez Londoño, esposa de Dionisio Mejía Villegas, dos de mis tatarabuelos. A decir verdad, también encontré una pequeña espina, cuya herida, aunque ya cicatrizada, no por eso se había borrado de la memoria. Un famoso comerciante de Sonsón, socio capitalista de mi papá, quien en la terrible crisis del año 29, hizo que los primeros cinco hermanos que habíamos nacido en Sonsón ricos, tu-

---

\* Presentación a cargo de Fabio Villegas Botero.

viéramos que emigrar y criarnos pobres junto con el resto de hermanos y hermanas que luego nacerían en Montebello e Itagüí. Se lo agradecemos pues sirvió de estímulo para unas vidas más meritorias.

Desde finales de la Colonia se habla de que los antioqueños son amantes de genealogías, de buscar certificaciones de cristianos viejos, libres de cualquier mancha de judaísmo, como si tal hecho fuera timbre de nobleza. En realidad, dicha certificación era, más bien, una especie de certificado oficial de buena conducta, como el actual del DAS, para poder ejercer puestos públicos, y, sobre todo, lo que representaba mucho más valor para los conversos judíos que lograban internarse en nuestro territorio, para calificarlos como posibles propietarios de tierras, ya que estas sólo se adjudicaban a los descendientes de los conquistadores o a los cristianos viejos, únicos dignos de confianza para poblar el Nuevo Mundo, según la Corona Española. El Gobernador Francisco Silvestre, a quien tanto le debe el pueblo de Sonsón, y, por ende, la familia Álvarez, dice así en su relación:

¿Tienen por lo general un gran entusiasmo de nobleza y, con él, tan engreído orgullo que, aunque todos se tratan de primos y sacan su relación de los primeros conquistadores y pobladores, ordinariamente contraen sus matrimonios en la propia familia y con muy inmediatos parentescos?

Silvestre lo decía como algo peyorativo. Yo lo traigo a cuento con verdadero elogio de la obra de Flavio, en la cual se constata, como se podría hacer con otros 20 apellidos antioqueños, esa asombrosa endogamia acusada por Silvestre que hace que en el Directorio Telefónico de Medellín un escaso número de 20 apellidos, entre los cuales figura el que nos ocupa, cubra el 30% de sus páginas. Quiero destacarlos en el orden de frecuencia con que aparecen en el Directorio, desde Gómez con 34 páginas hasta Mejía, coincidentalmente el de mi tatarabuelo entroncado con los Álvarez, con 14. Helos aquí: Gómez, Restrepo, Ramírez, García, Giraldo, Zapata, Montoya, López, Álvarez –novenio, con 19 páginas–, González, Jaramillo, Londoño, Cardona, Sánchez, Vélez, Arango, Pérez, Muñoz, Correa y Mejía. Si faltan otros que se entrecruzan y amalgaman una y otra vez en la Genealogía de la Familia Álvarez del Pino como Ángel, Botero, Duque, Escobar, Estrada, Gutiérrez, Henao, Isaza, Marulanda, Posada, Ramos, Robledo, Tobón, Toro, Trujillo, Velásquez y Villegas, con toda

seguridad los encontraremos con frecuencia en esa amplia y riquísima región, el Viejo Caldas, obra por excelencia de la Colonización Antioqueña, donde la familia Álvarez tuvo un lugar destacado.

La Genealogía de la Familia Álvarez del Pino, centrada de manera especial en el Linaje de Jacinto Álvarez Ontaneda y el Sonsón de 1800, con ser una obra voluminosa, se lee con facilidad, no menos que con gran placer. Está dividida en tres partes: primera, Genealogía de la Familia Álvarez del Pino; segunda, Sonsón 1800, y tercera, Descendientes de Jacinto Álvarez Ontaneda. Yo añadiría que incluye una cuarta parte, aunque no la designe como tal el autor, el Índice Onomástico que ocupa 120 páginas, y en el cual se encuentran, en un orden casi increíble, más de 10.000 nombres completos con su respectiva ubicación en la obra.

Comencemos por el exterior. La carátula representa un árbol frondoso, un poco esquematizado, con una intrincada y profusa ramificación. Es, en realidad, una imagen bella de una familia que se va expandiendo, así el prototipo no nos pueda mostrar la otra faceta que anotaba Silvestre, la increíble endogamia; esos matrimonios entre primos en todos los grados, inclusive los primos hermanos aun dobles, entre tíos y sobrinas o viceversa, y entre viudas con uno o dos cuñados sucesivamente, y mucho más, entre viudos con una y hasta dos cuñadas también de manera sucesiva, que parecieran tenidos y tenidas en reserva para cualquier accidente en viajes de arriería, en contiendas civiles, o en muertes posparto tan frecuentes antaño.

La contracarátula nos presenta un texto precioso de Delio Botero Goldsworthy, que bien pudiera haberme ahorrado este comentario. Entresaco dos apartes: ¿Si bien se mira, no limitó su investigación a la sola presentación formal de su héroe; además de dejarlo bien cincelado lo dotó de espíritu, para hablarnos a su través de una gesta cívico cultural que ha rendido óptimos frutos por cerca de dos siglos? Casi al final añade: Si hoy nos fuera dado retomar alguno de los hilos de aquellas nobles ejecutorias, bien podría ser harto diferente nuestro sangriento día a día. (...) Aquello, esa historia de nobleza y de hidalguía, fue, por el espíritu de cuerpo y el sentido de fraternidad y de servicio, como vivir en Filadelfia. Al perder este signo, vinimos, como nación, a caer en La odicea: existimos bajo el estigma de la división y dejamos a la vera el don de un destino en común

bajo el cobijo de la fe que redime por incorporación a Cristo? Yo no sería tan pesimista. No todo está perdido, como lo muestra esa inmensa pléyade de generaciones actuales hasta las que llega Flavio.

Al iniciar la primera parte nos dice que el apellido Álvarez es uno de los más antiguos de España que se extendió por Portugal y América. (...) Etimológicamente la palabra es derivada del hebreo Alvah ¿de Álvaro o Alvar? Sostiene que se remonta hasta el Capitán Alvar, compañero de El Cid. En cuanto a Colombia, encuentra un buen número de hombres y mujeres con dicho apelativo que vinieron desde comienzos de la colonia. Uno de ellos, quizás de los primeros en venir, fue Don Francisco Álvarez de Ocampo quien se casó con una hija de uno de los compañeros de Jiménez de Quesada. Un Álvarez de Castrillón se asentó en Arma antes de finalizar el siglo XVII de donde se trasladó a Santa Fe de Antioquia. Según Flavio, sus descendientes borraron el Álvarez para utilizar en adelante solamente el Castrillón. Un Álvarez de Ospina se asentó en Neiva donde dejó amplia descendencia. Me imagino que haría algo similar al anterior. Otro Álvarez llegó a Bogotá; de su descendencia nació la madre del prócer, traductor de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, Antonio Nariño, lo mismo que el tío de éste, Don Manuel de Bernardo Álvarez, Presidente de Cundinamarca en la Patria Boba. Otros llegaron a Cúcuta, Tunja, Socorro, Ipiales y varios sitios más. Ni faltaron algunas damas prestantes, quienes, sin embargo, por razones obvias, no transmitieron el apellido.

Esta primera parte es quizás la que más investigación y más esfuerzo representa. No es tanto la búsqueda de pergaminos, como pensaría Silvestre. Más importantes son las ejecutorias de unos personajes que con sus obras superan cualquier nobleza adquirida. Y aún más interesante, la multitud de familias que trajeron desde España este apellido. La familia específica y más reducida que analiza Flavio se difundió y multiplicó en nuestra tierra para luego regarse por todo el país. Para acercarnos al que bien podemos llamar protagonista de toda la epopeya familiar, Don Jacinto Álvarez Ontaneda, nos lleva el autor al que puede ser su antepasado más directo, Don Diego Álvarez del Pino. En la página 22 coloca un diagrama esquemático de su descendencia que luego desentraña en un relato mucho más amplio.



Don Diego nació en Talavera de la Reina el 8 de marzo de 1584, como consta en el acta de bautismo. Flavio comenta que: Aunque no ha sido posible encontrar la fecha de embarque de Don Diego hacia el Nuevo Mundo, ni tampoco la fecha de su llegada a Popayán para definir más claramente la identidad de este señor, tenemos motivos para considerar que el personaje antes descrito corresponde ciertamente al fundador de nuestra familia en Colombia? Aproximadamente en 1610 llegó a Popayán. De ahí pasa a Cartago donde se residencia y contrae matrimonio con Doña Justina Arcos Cortés. Luego se traslada a Santiago de Arma donde nacen sus dos hijos, Pedro y Diego, y más tarde regresa a Cartago donde muere en 1670. Pedro y Diego se residenciaron en Santa Fe de Antioquia y allí contrajeron matrimonio y tuvieron algunos de sus hijos. De allí emigraron al Sitio de Aná en el Valle de Aburrá antes de que se fundara Medellín constituyéndose en unos de sus primeros pobladores.

Fundada la Villa en 1675, ellos y sus hijos conformaron parte de la élite de la ciudad por mucho tiempo, como lo constata Ann Twinam en su interesante obra, *Mineros, comerciante y labradores*, junto con los Restrepo, Jaramillo, Isaza, Arango, Calle, Uribe, Vélez, Cadavid, Villa y otros.

Pedro Álvarez del Pino Arcos Cortés, uno de los hijos de Don Diego y Doña Justina, se casó con Gregoria Cortés Rodríguez. Su hijo, el Capitán Gregorio Álvarez del Pino y Cortés, contrajo matrimonio con Juana Gabriela García de Ordás Paladines. Un hijo del Capitán, Martín, se casó con Ignacia Carvajal y Mejía. De este matrimonio nació Miguel, padre de Francisco Álvarez Tamayo y abuelo de Don Jacinto Álvarez Ontaneda, el gran patriarca que ocupa la tercera parte de la obra.

Comencemos con Miguel Álvarez del Pino Carvajal quien nació en Medellín el 12 de mayo de 1708 y murió allí mismo a sus 50 años. Algunos autores, entre ellos Gabriel Arango Mejía en sus *Genealogías de Antioquia y Caldas*, aseguraban que se había casado en Rionegro y había muerto allí. Flavio lo refuta con argumentos sólidos. Don Miguel fue el último de su línea en utilizar completo el Álvarez del Pino dejándolo en Álvarez a secas. Con su esposa Lucía Jacinta Tamayo Suárez de Piedrahita, con quien contrajo matrimonio en Medellín el 7 de mayo de 1741, tuvo 5 hijos, dos varones y tres mujeres. Ambos varones se llamaron Francisco, pues uno de ellos murió en la infancia y fue sustituido por el segundo.



El Doctor Francisco Álvarez y Tamayo nació en Medellín el 5 de abril de 1744. Se graduó como abogado en el Real Colegio Mayor de San Bartolomé de Bogotá el 27 de setiembre de 1761. Contrajo matrimonio en primeras nupcias en la Parroquia de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín con Doña María Serena Ontaneda el 12 de enero de 1771. De este primer enlace hubo sólo un hijo, precisamente Don Jacinto Álvarez de Ontaneda. Doña Serena murió pocos meses después del parto, como se relata en la tercera parte, y el viudo, Doctor Francisco, contrajo segundo matrimonio el 19 de abril de 1773 con Doña María de Medina.

De este segundo matrimonio, según Flavio, hay noticia cierta de que nacieron 13 hijos, ocho en Hatoviejo y cinco en Rionegro. Cinco fueron varones y el resto mujeres. Uno de los varones, Silverio, fue ordenado sacerdote. Otros dos, Miguel y José María, se casaron y dejaron descendencia, pero de los dos restantes, José Antonio Patricio y Juan Gregorio Antonio no se conoce su destino. De las hijas casadas, Doña Segunda casó con Juan Gregorio Uribe Mejía, vecino de El Retiro; Doña Tomasa con el viudo Francisco Javier Montoya de Castro quien fue uno de los genitores del apellido Montoya en Rionegro; y Ramona con Nicolás Botero Mejía. Estas tres damas, aunque no transmitieron el apellido Álvarez, contribuyeron con abundante descendencia a propagar los apellidos de sus cónyuges. Otras dos, María Manuela y María Antonia, o murieron pequeñas o permanecieron solteras, cosas ambas muy frecuentes en las familias de entonces. De las otras tres damas faltantes el autor no da el nombre y menos su devenir. Finalmente en una nota a pie de página dice: Hemos encontrado el nombre de don Esteban Álvarez Medina, quien, por sus apellidos, pudiera ser hijo del Dr. Francisco y Doña María Medina (...) Por tanto es una rama para encontrar. Don Esteban era casado con Gertrudis Ruiz González. Tuvieron varios hijos. El primogénito de Don Francisco, Jacinto, debió ser muy bien cuidado por su padre, su madrastra y sus hermanos y hermanas medios, pues logró enlazarse con una de las familias más prestantes de Rionegro, de donde surgió la amplia descendencia que veremos en la tercera parte.

La segunda parte del libro lleva por título Sonsón 1800. El subtítulo: De cómo se fundó y pobló Sonsón y de las familias que iniciaron la colonización antioqueña, explícita más su contenido. En un apretado escrito de 25 páginas nos sintetiza la historia de la fundación de Sonsón y luego una

buena parte de la obra colonizadora de sus habitantes junto con los de Abejorral, principalmente, en lo que hoy llaman El Eje Cafetero, o sea, los tres departamentos radicalmente paisas al sur del nuestro: Caldas, Risaralda y Quindío.

Pero comienza con la fundación de Arma en 1545, uno de los lugares de avanzada para la conquista y colonización de Antioquia. Los pobladores de esta Provincia todos venían del Sur, eran de los conquistadores del Perú, del mando de Pizarro y Belalcázar, y muchos de ellos compañeros o contemporáneos de Robledo. Popayán era su centro político y religioso. Hasta el año de 1750, que fue definida la jurisdicción de la Provincia o Gobernación de Antioquia llegando sus límites hasta estas ciudades, estos territorios dependían de la Gobernación de Popayán. (...) El esplendor y crecimiento de la ciudad de Santiago de Arma duró casi un siglo y entró en una larga decadencia hasta que fue trasladada en 1786 por Cédula Real a San Nicolás de Rionegro. Muchos de los pobladores de Arma se fueron desplazando a lo largo de sus dos primeros siglos a Santa Fe de Antioquia primero, y luego a los dos valles de Medellín y Rionegro. Por no sé qué acto político Rionegro había sido incorporado a la Gobernación de Antioquia, lo que le representó a esta una ganancia territorial asombrosa, pues abarcaba unos 10.000 km<sup>2</sup>, en los que hoy existen 21 municipios de Antioquia y Caldas.

Prevalidos de este hecho los habitantes de Rionegro comenzaron a presionar el traslado de Arma hacia allí, antes que nada para apropiarse de sus prerrogativas y sus tesoros religiosos, en especial la preciada imagen de Nuestra Señora de la Concepción del Rosario de Arma enviada directamente desde España por el Rey Felipe II, quien le había concedido título de Ciudad, Escudo de armas, Cabildo propio y Parroquia. Pero, de manera especial, para apoderarse de esas tierras y lanzarse a poblarlas pues ya se sentían estrechos. El liderazgo parece que lo tuvo Don Felipe Villegas y Córdoba, español llegado a Rionegro en 1740, quien recibió en 1763 de parte del Rey una inmensa concesión de tierras con la obligación de construir un camino desde dicha ciudad hasta Bogotá por Sonsón.

Flavio muestra cómo Sonsón era un sitio plenamente definido desde hacía siglo y medio antes de su fundación y cómo su poblamiento comenzó mucho antes de la fecha de la misma, 1800. Parece que los verdaderos

fundadores fueron personas pobres, pero la élite de Rionegro logró que fuera uno de sus miembros el designado para Juez poblador y distribuidor de la tierra. Lo hizo tomando todas las ventajas posibles para sí y su familia. Para el tema del libro interesa de modo especial la serie de miembros de la élite que fueron llegando, principalmente de Rionegro, y se convirtieron en primeros pobladores de Sonsón y después adalides de la paradigmática colonización del Sur. Enumera de primero a Jacinto Álvarez Ontaneda quien llegó aproximadamente en 1813, a Antonio Londoño Puerta arribado en 1808, a Francisco Jaramillo Sánchez, a José Januario Henao Castañeda, a José María Botero Mejía, a Pedro Martínez Cataño, a Esteban Isaza de Robledo, a Laureano Uribe Palacio, a cuatro de los hijos de José Vicente Arango Jaramillo y María Mesa Uribe, a los hijos de Miguel Marulanda Londoño y Javiera Restrepo Echeverri, a tres hijos de José María Mejía Rodríguez y Gertrudis Mejía Restrepo y finalmente a Isidoro Villegas y otros miembros de su familia. Todos esos apellidos serán los que se van a mezclar con el apellido Álvarez y entre sí.

Pasemos a la tercera parte. Abre con un cuadro sinóptico de toda la familia de Don Jacinto Álvarez Ontaneda, algo que se repetirá con cada uno de los hijos e hijas casados. La biografía del patriarca es por demás interesante, y, quizás, mucho más lo que representa la innumerable descendencia de sus doce hijos. Quien desee encontrarse con sus familiares, con multitud de conocidos de quienes ni siquiera sabía que eran parientes, de valiosas personalidades del municipio, la región y el país, puede detectarlos en el maravilloso índice final, y localizarlos con toda su historia genealógica en las series hermosas de cada uno de esos tatarabuelos, bisabuelos y abuelos. Cada uno de los hijos de Don Jacinto abren su línea con el número de serie respectivo. Los hijos de cada uno llevan una nueva secuencia numérica, igualmente los nietos, bisnietos y así sucesivamente. Lo que más impresiona es la claridad con la que se van desgranando todas las generaciones, por medio, no solo de las secuencias numéricas, sino también de tipos de letra que van diferenciando cada una de las secuencias, de manera que el lector encuentra por su medio las relaciones de unos y otros sin peligro de confundirse. Como ejemplo tomemos la línea del primer hijo, Tomás Álvarez Londoño marcada con el 1, como primer hijo de Don Jacinto. Sigue 1.1, luego 1.1.1. y 1.1.1.2 hasta 1.1.1.5. Es decir, padre, primer hijo, primer nieto, y hasta quinto bisnieto. Luego viene 1.1.2

hasta el 1.1.11, o sea, padre, segundo hijo y undécimo nieto. Después el 1.2..., padre, segundo hijo y demás descendencia. Concluye 1.3 y 1.3.1, padre, tercer hijo, y un sólo nieto. Claro que nos podemos encontrar con secuencias como 5.14.12, padre, 14 hijos, 12 nietos. O esta fantasía, 7.2.19.10.3.3. Padre, 2 hijos, 19 nietos, 10 bisnietos, 3 tataranietos y 3 cholos. Es impresionante lo prolíficas de la segunda y mucho más la tercera generación, para luego empezar a disminuir notablemente. Buen material para la demografía en el tiempo.

Veamos en detalle los hijos de Don Jacinto y Doña Mariana Londoño. Fueron 12, 4 varones y 8 mujeres. Tomás se casó con María del Carmen Botero Mejía; Eugenio con Wenceslao Angel Villegas, Benito con Feliciano Jaramillo Londoño y Ambrosio con María Francisca Jaramillo Martínez. Por su parte, Ramona lo hizo con Manuel Gutiérrez Botero, Joaquina con Francisco Jaramillo Gutiérrez, Faustina con León Botero Villegas, Josefa con Tomás Arango Mesa, Lorenza con José María Henao Gutiérrez, Jacoba con Lorenzo Jaramillo Londoño, Marciana con Dionisio Mejía Villegas y Filomena con Lucio Estrada Henao. Como se puede apreciar se entremezclan una serie de apellidos característicos de la región que luego se propagan asombrosamente.

Una de las familias más prolíficas, es la del tercero de los varones, Don Benito Álvarez Londoño casado con Feliciano Jaramillo Londoño, primos entre sí. De sus 10 hijos, 7 fueron varones y tuvieron extensa descendencia. El autor anota que fue la que más conservó el apellido Álvarez. Es también en la que aparecen datos más curiosos: La familia Álvarez y la familia Jaramillo tuvieron abundante asociación familiar y económica. (...) Cuatro de los hijos de Don Jacinto se casaron con miembros de la familia Jaramillo. Don Benito y Doña Jacoba, hermanos, con Feliciano y Lorenzo Jaramillo Londoño, hermanos, y a su vez primos hermanos de sus cónyuges por el Londoño. Joaquina, con Francisco Jaramillo Gutiérrez quien era tío de Feliciano y Lorenzo. Y Ambrosio, con María Francisca Jaramillo Londoño, prima de los anteriores.

El primer hijo de Don Benito, Juan Cancio, tuvo 13 hijos, de los cuales 6 varones que dejaron amplia descendencia. El segundo, Juan de Jesús, tuvo 5 de su primer matrimonio, 6 del segundo, y 10 del tercero, en total, 21, de los cuales 18 contrajeron matrimonio, uno de ellos, también tres

veces, como su padre. Alguno de sus hijos llegó a tener a su vez 14, y otros dos 15 nietos cada uno. Ni qué decir de los matrimonios entre primos, si parece que no podían encontrar más con quien. Claro que el bisabuelo del autor de esta Genealogía, Don Juan Gregorio, no se quedó muy atrás de su hermano Juan Cancio. De sus 15 hijos, dos varones se casaron de a tres veces cada uno, lo mismo que la mayor de las mujeres. La gran diferencia es que los seis varones fueron un poco menos prolíficos que los hijos de Juan Cancio.

Muchas otras curiosidades a todo lo largo de la obra pueden deleitar sobremanera a los lectores. Pero, para el inmenso número de personas aún vivas, que encontramos nuestros nombres o de familiares y amigos muy cercanos grabados en este maravilloso árbol que Flavio deshoja en su libro, el recorrer páginas, el buscar nombres, el encontrar parentescos y el saborear mil y mil historias de hazañas y aun de fracasos, de luces y sombras tiene que ser un placer exquisito. Que todos lo disfrutemos y saboreemos.

A Flavio, y a todos los que le ayudaron a componer esta maravillosa genealogía junto con la historia del pueblo de Sonsón y de Antioquia, mil felicitaciones.



## **Genealogía de los Sillones de Número de la Academia Antioqueña de Historia**

*Orlando Montoya Moreno*

*Genealogía de los Sillones de Número* es, en buena parte, la historia íntima de la Academia Antioqueña de Historia. A pesar de no compendiar ninguna sucesión por la sangre ni por los genes, es una **genealogía** por cuanto relaciona la serie de ascendientes de quienes en la actualidad ocupamos los sillones de Número, y es una historia íntima porque la investigación abordó importantes aspectos que rodearon su creación el 3 de diciembre de 1903.

Aquí se condensan las vicisitudes de nuestra corporación en sus primeros tiempos, se analizan los afanes que caracterizaron a los fundadores y las posiciones contradictorias que enfrentaron a dos de ellos en tan mayúsculo antagonismo que casi la sepulta definitivamente cuando apenas nacía. Pero el tesón, la grandeza, el mayorazgo intelectual, la convicción por el estudio de la historia en aquella pléyade de hombres que la conformaron, lograron sortear las dificultades y la hacen pervivir hasta nuestros días, con vigencia siempre renovada.

En esta antevíspera de la clausura del año conmemorativo del primer centenario de su fundación es para mí inmenso orgullo hacer pública entrega de un trabajo laborioso, de una investigación ardua, colmada por las dificultades que generan los vacíos de información cuando no lo era por la información errada en la propia fuente, de cuya cuenta rindo el parte respectivo.

Gran curiosidad tuve siempre por conocer cuál de los 28 sillones de número ocupaba, y qué personalidades lo habían conquistado en la línea retroactiva del tiempo. De seguro igual inquietud asaltó a muchos de los académicos, pero nunca se emprendió labor alguna en este sentido. Esa es la esencia de la obra *Genealogía de los Sillones de Número de la Academia Antioqueña de Historia*. Aquí consta el origen de los sillones, las particularidades que rodearon su creación y el ordenamiento consecutivo de todos ellos. Lo acompaña una semblanza de la totalidad de los miembros numerarios y una exhaustiva relación del inventario de los notables ciudadanos que han integrado la corporación en sus distintas categorías de Numerarios, Honorarios y Correspondientes, desde el 3 de diciembre de 1903 hasta el 12 de octubre de 2004. Se presenta, también, la lista rigurosa de los Presidentes de la Academia y de los Presidentes Honorarios, así como algunos cuadros de estadísticas vitales, apuntes curiosos, momentos anecdóticos y una breve cronología de hechos sobresalientes.

Agradezco el constante estímulo del académico y amigo Juan Guillermo Restrepo Restrepo quien siempre tuvo una voz de aliento frente a esta exploración, siempre compartió sus conocimientos y escuchó con atención de mis avances e interpretaciones. Extiendo igual reconocimiento al Señor Presidente, ingeniero José María Bravo Betancur, y a la Secretaria, doctora Socorro Inés Restrepo Restrepo, por la confianza que depositaron en el autor; al cuerpo de empleados de la Academia Antioqueña de Historia, porque supieron hacer agradable mi permanencia entre los arrumes de documentos, y a mi esposa, Yanet Correa Medina, por su comprensión en tantas horas de soledad.

Con este libro correspondo a la alta distinción con la que la Academia me ha acogido entre los suyos. Quiero que cada frase se entienda con el mismo amor que quienes nos precedieron y quienes hoy la dirigen y componemos lucharon, luchamos y lucharemos por su defensa y engrandecimiento. Esta obra es un aporte al estudio de la historia de la corporación que por trasegar la Historia de Antioquia y de Colombia poco se ha mirado a sí misma. La dejo en sus manos, seguro de que al voltear cada una de sus páginas iniciamos con firmeza el recorrido por la segunda centuria de la Academia Antioqueña de Historia, donde la verdad siempre será grande y prevalecerá.

Muchas gracias.



Prólogo del Presidente de la Academia Antioqueña de Historia,  
José María Bravo Betancur, en la presentación de la obra  
*Genealogía de los Sillones de Número*

El Académico Orlando Montoya Moreno, quien pertenece a lo que se he denominado la nueva generación de Académicos, entrega ahora a quienes aman los estudios históricos, su última obra ***Genealogía de los Sillones de Número de la Academia Antioqueña de Historia***.

Con anterioridad, escribió y publicó una serie de estudios, investigaciones e inspiraciones poéticas, que le han dado la oportunidad de hacerse conocer ampliamente en el medio cultural, especialmente en la ciudad de Yarumal, trascendiendo sus límites.

Obras suyas de gran valor histórico y temático son: ***Crónicas del hospital San Juan de Dios de Yarumal*** (1991), ***Epifanio Mejía ¿Locura o Libertad?*** (1994), ***Presencia histórica de la Parroquia de Nuestra Señora de las Mercedes de Yarumal*** (1995), ***Yarumal, una ventana al pasado*** (1999), ***Mujeres de Yarumal, talento para proyectar*** (2000), ***Genealogía de la familia Montoya Moreno*** (2002), ***En un vitral del alma*** (2002), y ahora ***Genealogía de los Sillones de Número de la Academia Antioqueña de Historia*** (2004), obra ésta que es tema de este Prefacio.

Su reciente obra, cumple a cabalidad con su pensamiento, cuando manifiesta, entre otras cosas: ***Cuando la luz del mundo incide sobre el alma como sobre trozos de cristales variopintos - de oro, de jade, de ébano, de nácar, de rubí o de turquesa - el alma***

***proyecta al mundo sus estampas, con siluetas y contornos, con penumbras, con medias tintas y con tonos fuertes.***

Realmente, no faltan en este libro, las siluetas y los contornos de una Academia ya centenaria, con sus caracterizaciones, descritas con el sentimiento y conciencia del historiador ético, que va directamente, como fue él, a la fuente del conocimiento profundo y certero de la Institución. Su lectura y análisis cuidadoso de todas las Actas de la Academia, que son la historia real ya escrita y consagrada de la Entidad, lo llevaron a recorrer el proceso de personajes meritorios que mantuvieron y mantienen viva la ya legendaria Academia Antioqueña de Historia.

Gran valor tiene el contenido de este importante libro. El autor profundiza en todo el proceso histórico de la Academia, desde la descripción inicial de la fundación, antecedentes en 1902 y logros en 1903, señala las dificultades iniciales, en lo que el ha denominado ***Una historia en blanco y negro***. Allí hace un análisis de las particularidades de los tres socios nombrados por la Academia Nacional, que tenían la misión de constituir esta Academia Departamental y por consiguiente, dándole ese impulso que afortunadamente cumplió con el objetivo propuesto. Ahora es una realidad, que la Academia Antioqueña de Historia sigue teniendo la vigencia que le corresponde dentro del medio cultural.

Más adelante encontramos que mediante su trabajo de investigación profunda, logró reformar los antecedentes del centro del libro propuesto: ***Historia de los sillones de número***. El autor destaca lo siguiente: ***Al fin logró conformarse una nómina de hombres cultos, aficionados y estudiosos de la historia - unos más, otros menos, que estaban dispuestos a reunirse periódicamente (...)*** Se profundiza, por lo tanto a la ***Historia de los sillones de número***. Sigue el autor con un relato bastante amplio, en donde anota las dificultades y aciertos para conformar estatutariamente la Academia a su esencia. Todo esto, está analizado y descrito con toda la rigidez requerida por estudios y trabajos de esta índole.

En el texto sobre la ***Genealogía de los sillones de número***, aspecto central, hay una gran riqueza descriptiva y analítica, en donde Montoya Moreno logró dar claridad sobre este aspecto tan importante en

la estructura de la Academia. Deja allí, lo que se podría llamar el principio del fin del ordenamiento de los sillones de los Académicos de Número, núcleo de esta Institución.

Afortunadamente no omitió el autor el aparte tan importante de los relatos históricos denominado Anecdotario. Dejar escritos estos hechos reales que tienen mucho carácter, enriquecen sobremanera el relato histórico y permiten tener una visión muy característica de personajes y circunstancias del pasado, que normalmente no se conocen, que se pierden en la inmensidad del recuerdo.

¡Qué grato es tener la oportunidad de referirse a trabajos como el que el Académico Orlando Montoya Moreno hace entrega!

Presentación de Orlando Montoya Moreno,  
autor del libro *Genealogía de los Sillones de Número*,  
por doña Socorro Inés Restrepo Restrepo

El Académico y amigo Orlando Montoya Moreno, con este nuevo libro *Genealogía de los Sillones de Número* de la Academia Antioqueña de Historia, suma a su ya significativa producción histórica y literaria una obra que enriquece la historiografía colombiana, y muestra un capítulo muy desconocido pero interesante, de la manera como se han ido sucediendo en sus sillones, los miembros de una institución centenaria como lo es nuestra Academia.

Investigador paciente y cuidadoso de actas, correspondencia, artículos del Repertorio Histórico y todos aquellos documentos del archivo de la Academia, además de periódicos y revistas de la época que le ayudaran a rastrear la sucesión legítima de cada sillón, las circunstancias en que se dio, los posibles vacíos de información llenados quizá por la tradición, pero develados con rigor histórico en esta investigación.

Ha caracterizado al académico Orlando Montoya Moreno su fidelidad a la verdad histórica, su lealtad para con la Academia, y para este trabajo no escatimó esfuerzos por cotejar con otras fuentes, datos de fechas, nombres de lugares, aún por fuera de los archivos de la institución, con el fin de ofrecer a los historiadores y al mundo de la cultura, una obra confiable, que permite dar una mirada profunda y precisa a nuestra tradición académica.

La presencia de Janeth, con su generoso apoyo y comprensión, merece destacarse de manera especial en el desarrollo de este hermoso trabajo de investigación. Va para el autor nuestro aplauso y un sincero gracias para su señora esposa.